

E. MIRET MAGDA LENA

El catolicismo inglés, el francés y el español se preocupan por lo que va a ser la Iglesia dentro de treinta años.

Después de esta gran crisis de ideas, costumbres y ritos religiosos, Pablo VI acaba de hablar diciendo que en el nuevo siglo espera que la religión católica no se limite a sobrevivir con una estructura "arcaica" y con un modo de vida "azaroso", sino que espera "un vigoroso florecimiento del auténtico cristianismo".

Eso parece que piensan las tres Iglesias: inglesa, francesa y española, porque las tres se están preocupando de estudiar el futuro de la fe en el contexto de sus países.

Los católicos ingleses y los obispos españoles se preguntan por el problema de la "evangelización", y el próximo año se harán la misma pregunta los católicos franceses.

La gran diferencia que veo entre el planteamiento de unos países y de otros, está fundamentalmente en la poca atención que al seguir se le concede todavía en la Iglesia española. Siempre el clericalismo aflora, aun en las formas más atractivas, en nuestro propio país a diferencia de lo que suele ocurrir en otras regiones católicas.

Yo creo, sinceramente, que ahora que se ha reunido la XVIII Asamblea Plenaria del Episcopado hubiese sido de primera importancia que no hubieran estado en manos casi únicamente del clero, sino del mundo secolar, las ponencias y trabajos sobre la evangelización del mundo actual en España, ya que quienes vivimos directamente estos problemas somos los seglares y no los clérigos.

Pero sigo creyendo, como siempre, que en España todavía estamos viviendo muy atrasados en comparación con lo que debía de ser, y estamos inmersos en un clima del clericalismo, en sus dos vertientes tan parecidas en su estructura de clericales y anticlericales.

La verdad es que muchos seglares católicos creemos cada vez menos en la institución humana, en las estructuras puramente humanas de nuestro catolicismo, porque vemos que no tienen remedio. Los obispos siguen actuando la mayor parte de las veces en el vacío, incluso estos obispos que he dicho en reciente artículo, que me gustan más que los antiguos. Porque veo que les falta la suficiente personalidad para romper los moldes, las costumbres y las ideas de este mundo clerical que les envuelve como una masa viscosa, y les impide actuar con la espontaneidad necesaria para vivir la fuerza de cristianismo en un mundo tan distinto de aquel que vivieron durante su formación eclesial.

Es cierto que, por lo menos, ha habido dos ponencias episcopales, la de monseñor Palenzuela y la de monseñor Estepa, que tenían muchos elementos aprovechables, pero esto no invalida lo que he dicho más arriba. Y para el futuro no tendrán más remedio que meditarlo nuestros obispos españoles. Si no, jamás saldremos de nuestros esquemas anteriores por mucho que quieran dar un barniz moderno, y al día, a sus palabras.

La primera cosa, de cara a la acción del ca-

tolocismo en la preparación del futuro, es que nos tenemos que plantear los católicos que al hacer la distinción entre el fondo de nuestras ideas y la forma de las mismas, no nos damos cuenta de que fondo y forma están unidos, y la renovación tiene que venir no solamente de las formas y expresiones exteriores, sino también de los contenidos internos, de la doctrina y de las ideas. Son muchas veces las ideas las que se nos han quedado anticuadas, porque el cristianismo, no nos olvidemos nunca, no es jamás una "ideología", "un sistema de ideas", sino que es una vida y una experiencia personal completa en el hombre consciente. De ahí que tenemos que volver a la vida, y no a cualquier vida, sino a los aspectos constructivos, positivos y realmente espontáneos de la misma. Sólo partiendo de ahí se producirá el cambio necesario en nuestro mundo eclesial, y obtendremos un nuevo camino de transmisión de la fe.

Sin duda, nuestras ideas humanas en parte han cambiado, pero en nuestro país más que

IGLESIA: AÑO 2000

cambiar y ser sustituidas por otras nuevas, la mayor parte de las veces estamos vacíos de ideas. No hay nada más que echar una ojeada a nuestra cultura popular. Y no me refiero solamente a la cultura del mundo obrero, sino a la de nuestro mundo burgués. Comparada con Francia o con Inglaterra es una cultura de una pobreza deprimente. Las estadísticas hechas por el Instituto de la Opinión Pública así lo demuestran parcialmente. Pero el contacto cotidiano con la masa española todavía creo que resulta más significativo. Porque nuestra masa carece en gran parte de ideas, y por eso sólo viven de reacciones emotivas estando a merced de los vientos que corren superficialmente en las costumbres de otros países, o en las incidencias de los medios de comunicación social que rebasan los límites estrechos de nuestra región, pero que no por eso consiguen desarrollar la personalidad del individuo, sino que contribuyen a una constante masificación superficial.

Nuestra situación de cara al cristianismo es muy compleja. Yo me limitaría a recordar algunos puntos, sin pretender por eso que sean ni los únicos ni los más importantes.

1. El cambio socio-cultural se ha producido sobre todo en la superficialidad de nuestras costumbres, más que en la profundidad de nuestro interior, ya que no tenemos un nuevo "gorro de pensar", sino más bien un nuevo "gorro de sentir". Y esto es grave. Así sólo podemos ser marionetas del "parem et circenses".

2. La actitud ante lo religioso es creciente-mente la de la indiferencia, pero a diferencia de otros países no se produce esta reacción por una convicción íntima, sino por una reacción superficial de mimetismo ante las influencias de otras culturas distintas a la nuestra. No es que yo añore para nada lo pasado, que me parece absolutamente anacrónico, sino que tampoco estamos en lo actual, sino sólo en la superficie de lo actual. No hemos captado todavía el modo de pensar nuevo de la cultura de carácter científico, y que sustituye al empirismo mental en que los hombres hemos vivido en la Humanidad hasta ahora.

3. Nuestra postura ante la libertad es muy superficial, y se refiere al cambio puramente exterior de algunas costumbres, sin ahondar suficientemente en la intimidad y en la vivencia de liberación de alienaciones exteriores y complejos interiores.

4. Con todo esto se mezcla el anacronismo de los "establecidos" en sus ideas, en sus costumbres y en sus privilegios de carácter humano y de carácter religioso. Nuestros adultos tienen que ser reeducados a todos los niveles para que su peso retrógrado no esté cayendo como una pesada losa sobre este deseo psicológico de liberación íntima que mantenemos algunos, y que debería extenderse con seriedad, serenidad y profundidad a toda la masa.

5. Los obispos tienen que pensar que la espontaneidad tiene que ser más fomentada, evitando tanta atadura que existe todavía en la Iglesia. Se trata más que de ser "proféticos", de ser "carismáticos". Quiero con esto decir que el profeta siempre está pensando en que cambien los demás, y, en cambio, el carismático es el mismo quien cambia, y con su cambio influye en los otros. No quiere esto decir que propugne yo ninguna actitud superficial y caótica para la Iglesia, sino que se fomenta en serio lo que los antiguos llamaban la acción del Espíritu Santo, o de la gracia como fuerza religiosa interna. Mientras no se llegue a esto, todo lo demás es quedarse en unos bonitos fuegos artificiales, continuando como siempre, aunque con la faz exterior renovada; o sería caer en la disgregación sin sentido y absolutamente superficial que vemos muchas veces en torno nuestro.

Esto es lo que propongo en forma de esquema, insuficiente a todas luces, para meditar las creyentes sobre el futuro de la fe. Todo lo demás queda en el plano de bonitas frases, estudios aparentemente científicos, soluciones de emergencia; pero no se llega a vivir, por los dirigentes y orientadores espirituales de nuestra Iglesia, el verdadero núcleo del problema y las verdaderas necesidades que sentimos los que vivimos día tras día en contacto con la gente, y en contacto con las estructuras del mundo secolar, que es el único mundo que hay que cristalizar, pero desde dentro y no desde fuera como se pretende todavía por gran parte del clero.

Y nuestro cometido debía ser, sobre todo, descubrir y fomentar la "nueva moral", para los "nuevos tiempos" que se avecinan.